

La muerte del gran escritor

Por Mario Vargas Llosa

En un ensayo recién
aparecido¹, “La

mort du grand écrivain”, Henri Raczymow sostiene que ya no hay “grandes escritores” porque se han impuesto la democracia y el mercado, incompatibles con el modelo de mentor intelectual que fueron para sus contemporáneos un Voltaire, un Zola, un Gide o un Sartre, y, en última instancia, letales para la literatura. Aunque su libro habla sólo de Francia, es evidente que

sus conclusiones, si se tienen en pie, valen para las demás sociedades modernas.



Plaza, Mompós

Su argumentación es coherente. Parte de un hecho comprobable: que, en nuestros días, no hay una sola de aquellas figuras que, en el pasado, a la manera de un Víctor Hugo, irradiaban un prestigio y una autoridad que trascendía el círculo de sus lectores y de lo

¹ 1994

específicamente artístico y hacía de ellas una conciencia pública, un arquetipo cuyas ideas, tomas de posición, modos de vida, gestos y manías servían de patrones de conducta para un vasto sector. ¿Qué escritor vivo despierta hoy esa arrebatada pasión en el joven de provincias dispuesto a dejarse matar por él, de que hablaba Valéry?

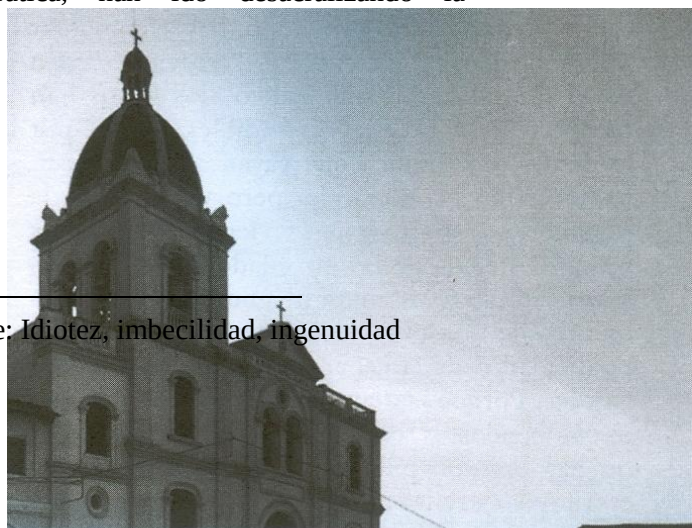
Según Raczymow, para que se entronice un culto semejante al “gran escritor” es indispensable, antes, que la literatura adquiriera un aura sagrada, mágica, y haga las veces de la religión, algo que, según él, empezó a ocurrir en el Siglo de Luces, cuando los filósofos deicidas e iconoclastas, luego de matar a Dios y a los santos, dejaron un vacío que la República debió rellenar con héroes laicos: el escritor, el artista, fueron los profetas, místicos y superhombres de una nueva sociedad educada en la creencia de que las letras y artes tenían respuesta para todo y expresaban, a través de sus mejores cultores, lo más elevado del espíritu humano. Este ambiente y creencias propiciaron aquellas vocaciones asumidas como una cruzada religiosa, de entrega, fanatismo y ambición poco menos que sobrehumanos, de las que resultarían las realizaciones literarias de un Flaubert o de un Proust, de un Balzac o de un Baudelaire, grandes creadores que, aunque muy diferentes entre sí, compartían la convicción (era también la de sus lectores) de que trabajaban para la posteridad, de que su obra, en caso de sobrevivirlos, contribuiría a

enriquecer a la humanidad, o, como dijo Rimbaud, “a cambiar la vida”, y los justificaría más allá de la muerte.

¿Por qué ningún escritor contemporáneo escribe ya espoleado, como aquellos, por la tentación de la inmortalidad? Porque todos han llegado al convencimiento de que la literatura no es eterna sino perecible, y de que los libros se escriben, se publican, se leen (a veces) y se volatilizan para siempre. Esto no es un acto de fe, como el que hizo de la literatura un quehacer supremo e intemporal, un panteón de títulos incorruptibles, sino una cruda realidad objetiva: hoy los libros no son pasaportes hacia lo eterno sino esclavos de la actualidad (“Del aquí y del ahora”, dice Raczymow). Quien los escribe ha sido desalojado del Olimpo donde tronaba, a salvo de las contingencias de la vida mediocre, y nivelado con el “vulgo municipal y espeso” de la democracia que repugnaba tanto al aristocrático Rubén. Y a Flaubert, para quien el sueño democrático consistía “en elevar al obrero al nivel de bêtise² del burgués”.

Dos son los mecanismos que, en la sociedad democrática, han ido desacralizando la

² Bêtise: Idiotez, imbecilidad, ingenuidad



literatura hasta convertirla únicamente en producto industrial. Uno es sociológico y cultural: la nivelación de los ciudadanos, la extinción de las élites, el arraigo de la tolerancia —del derecho “a la diferencia y a la indiferencia”— y el consiguiente desarrollo del individualismo y el narcisismo, han abolido el interés por el pasado y la preocupación por el futuro, centrado la atención en el presente y tornado en máximo ideal la satisfacción de las necesidades inmediatas. Víctima de este presentismo ha sido lo sagrado, realidad alternativa cuya razón de ser desaparece cuando una comunidad, contenta o descontenta con el mundo en el que vive, acepta a este cómo el único posible y renuncia a la “alteridad” de la que las creaciones literarias eran emblema y alimento. En una sociedad así puede haber libros, pero ha muerto la literatura.

El otro mecanismo es económico. “No hay otra democracia, ay, que la del mercado”, dice Raczymow, lo que significa que el libro, despojado de su condición de objeto religioso o mítico, se vuelve una mera mercancía sometida al frenético vaivén —a la ley de hierro— de la oferta y la demanda, en la que “un libro es un producto y un producto elimina a otro, incluso del mismo escritor”. La banalización es el resultado de esa vorágine en la que ningún libro permanece, en la que todos pasan y no vuelven, pues la literatura ya sólo cuenta como producto de consumo inmediato, entretenimiento efímero o

información que caduca en el instante de ser conocida.

Ahora bien, el gran instrumento de la democracia no es el libro, sino la televisión. Ella divierte y entretiene a la sociedad nivelada, suministrándole las dosis de humor, emociones, sexo y sentimientos que requiere para no aburrirse. La pequeña pantalla ha conseguido realizar aquella desmedida ambición que ardió siempre en el corazón de la literatura y que esta nunca alcanzó: llegar a todo el mundo, hacer comulgar a la sociedad entera con sus “creaciones”. En “el reino del narcisismo lúdico” los libros han pasado a ser del todo prescindibles, lo que, por lo demás, no implica que vayan a desaparecer. Continuarán proliferando, pero vaciados de la sustancia que solían tener, viviendo la precaria y veloz existencia de las novedades, confundidos y canjeables en ese mare magnum en el que los méritos de una obra se deciden en razón de la publicidad o de la capacidad histriónica de sus autores. Porque la democracia y el mercado han operado, además, esta reinversión: ahora que ya no hay opinión pública, sólo público, son los escritores-estrellas —los que saben sacar buen partido a los medios audiovisuales, los “mediáticos”— quienes dan prestigio a los libros y no al revés, como ocurría en el pasado. Lo que significa que hemos llegado a la sombría degradación anticipada insuperablemente por Tocqueville: la era de

unos escritores que “prefieren el éxito a la gloria”.

Aunque no comparto del todo el pesimismo de Henri Raczymow sobre el destino de la literatura, he leído su libro con mucho interés porque, me parece, pone el dedo en la llaga de un problema a menudo soslayado: el nuevo rol que ha impuesto al escritor la sociedad abierta moderna. En ella, es cierto, ya no tiene sitio el escritor mandarín, aquel que, como Sartre en Francia, u Ortega y Gasset y Unamuno en su tiempo, o un Octavio Paz todavía entre nosotros³, hace las veces de guía y maestro en todas las cuestiones importantes y suple un vacío que, por la escasa participación de los demás en la vida pública, o por falta de democracia o por el prestigio mítico de la literatura, sólo el “gran escritor” parece capaz de llenar. En una sociedad libre aquella tutoría que ejerce el escritor, a veces provechosamente, en las sociedades sometidas resulta inútil: la complejidad y multiplicidad de los problemas lo conducen a desbarar si se empeña en dar su parecer sobre todo. Sus opiniones y tomas de posición pueden ser muy lúcidas, pero no necesariamente más que las de cualquier otro —un científico, un profesional, un técnico— y, en todo caso, deberán ser juzgadas por sus propios méritos y no por provenir de alguien que escribe con talento. Esta desacralización de la persona del escritor no me parece una desgracia; por el

contrario, pone las cosas en su sitio, pues la verdad es que escribir buenas novelas o hermosos poemas no implica que quien está así dotado para la creación literaria goce de clarividencia generalizada.

Tampoco creo que haya que rasgarse las vestiduras porque, como dice Raczymow, en la sociedad democrática moderna la literatura deba ante todo “divertir”, “entretener”, para justificar su existencia. ¿No lo han hecho, acaso, siempre, las obras literarias que admiramos, las que, como *El Quijote* o *La guerra y la paz* o *La condición humana* releemos y nos hipnotizan al igual que en la primera lectura? Es verdad que en la sociedad abierta, que tiene disponibles múltiples mecanismos para la exposición y el debate de los problemas y las aspiraciones de los grupos sociales, la literatura deberá ser sobre todo entretenida o, simplemente, no será. Pero la diversión, el entretenimiento, no están reñidos con el rigor intelectual, la audacia imaginativa, el vuelo desalado de la fantasía ni la elegancia expresiva.

En vez de deprimirse y considerarse a sí mismo un ser obsoleto, expulsado de la modernidad, el escritor de nuestro tiempo debería sentirse estimulado por el formidable desafío que significa crear una literatura que sea digna de aquella, capaz de llegar a ese inmenso público potencial que lo espera, ahora que, gracias a la democracia y el mercado, hay tantos seres humanos que saben

³ México, 1914-1998

leer y pueden comprar libros, algo que jamás ocurrió en el pasado, cuando la literatura era, en efecto, una religión y el escritor un pequeño dios al que rendían culto y adoraban las “inmensas minorías”. Que haya bajado el telón para los escritores pontífices y narcisos, sin duda; pero el espectáculo puede aún continuar si quienes sucedan a aquellos consiguen que sea menos pretencioso y muy divertido.

Londres, noviembre de 1994.

*Mario Vargas Llosa (Perú, 1936). Uno de los escritores latinoamericanos con mayor prestigio y reconocimiento en la actualidad. De su extensa obra ensayística y novelística se destacan, entre otras, las novelas: Los jefes, La ciudad y los perros, La casa verde, Los cachorros, Conversación en La Catedral, Pantaleón y las visitadoras, La tía Julia y el escribidor, La guerra del fin del mundo, Historia de Mayta, El hablador, Elogio de la madrastra, Lituma en los Andes, Los cuadernos de don Rigoberto, La fiesta del chivo, El paraíso en la otra esquina y Travesuras de la niña mala. El presente texto apareció primero en su columna “Piedra de toque” en El País de Madrid, y luego fue publicado en el libro El lenguaje de la pasión. Madrid, Santillana Editores, 2000, pp. 84-91.